

que no se apartaban de la doctrina de los tomistas. Lemos, Álvarez y todos los verdaderos tomistas establecen una gracia tan general, que es la luz para todos los hombres, y un auxilio verdaderamente suficiente, aunque ineficáz; pero los jansenistas ridiculizan este auxilio, y hablan del tomismo con el mayor desprecio cuando no tienen interés en hacerlo contrario. Buen testigo de esto es Jansenio, el cual se burla de la predeterminacion física como de una especulacion frívola y profana, cuyos autores, dice, fueron los filósofos paganos, y que solo sirvió para confundir la doctrina de San Agustín (1). También podemos citar al abad de San Cirán que se atrevió á decir que Santo Tomás había acabado con la verdadera teología, y á Pascal que de tantas maneras insulta á los dominicos con motivo de su gracia suficiente, y de cuyos sarcasmos resulta en sustancia que esta gracia es una pura necesidad. Arnaldo y sus apologistas, á egemplo de todos los defensores de semejantes causas, no eran constantes ni consecuentes en el método de defenderse. Haciendo un uso general de su feliz distincion del hecho y del derecho, unas veces decian que la Sorbona había entendido mal el pensamiento del autor, pues no se diferenciaba de la doctrina de los tomistas, y que así había errado en el hecho; y otras que había condenado una proposicion que era de San Agustín y de San Juan Crisóstomo, y así había errado en el

(1) *Lib. 8. c. 2.*

derecho. Luego á un mismo tiempo y sobre un mismo objeto había errado en el hecho y en el derecho: lo que es manifiestamente contradictorio, pues una de estas dos proposiciones destruye á la otra; porque, ó entendió bien el sentido de la proposicion condenada, ó le entendió mal. No hay medio. Si le entendió bien, y es verdaderamente el de los santos padres, erró en el derecho y no en el hecho. Si al contrario le entendió mal, erró en el hecho y no en el derecho. Pero hagamos una pausa con nuestros astutos novadores en un modo de proceder que solo puede agradar á un corto número de lectores.

21. Con este tono dogmático y sério se habían tratado hasta entonces las cuestiones de aquel tiempo, que por sí mismas eran ya bastante áridas; y con este sistema hacia pocos progresos el partido. Recurrió, pues, á otras armas: atacó á los franceses por el lado mas sensible para ellos, esto es, por el temor de pasar por ridículos; empleó el estilo jocoso en lugar de la disputa, y eligió perfectamente la pluma que debía emplearse en este trabajo. La había con abundancia en la compañía de literatos de Port-Royal, escritores de un talento, ó á lo menos de un gusto superior á todo lo que se había admirado hasta entonces en las demás sociedades de sábios. En el año 1627, el sobrino de las madres Inés y Angélica Arnaldo, Antonio le Maitre, de veintinueve años de edad, y muy conocido ya por su elocuencia en el foro, se había retirado á Port-Royal para pasar allí el resto de sus días en la soledad y en la meditacion

de las verdades eternas. Siguieron su ejemplo dos hermanos suyos; uno de los cuales, célebre con el nombre de Saci, adquirió esta celebridad con una porcion de obras que le colocaron en el número de los buenos escritores de su siglo. A imitacion de éstos acudieron poco despues otros cinco ó seis personajes, así seculares como eclesiásticos, para quienes tenia el mismo atractivo la penitencia ó la reforma. En fin, se presentaron tambien el patriarca de la nueva doctrina, Antonio Arnaldo, su hermano mayor Andilly, Pascal, Nicole, Lancelot, Santa Marta, Tourneux, Singlin, confesor de los solitarios, Hamon, su médico, y otros muchos que formaron, como hemos visto, una especie de Tebaida en el centro del reino. Habia además muchos eruditos, como Baillet y Tillemont, que, aunque no habitaban en el desierto, tenian una amistad íntima con los que se habian enterrado en él. Pero los solitarios se estaban mucho tiempo en oracion; leían de rodillas la sagrada Escritura, rezaban en comun las diferentes horas del oficio divino, y al fin de ellas se postraban como los penitentes de los primeros siglos. Restablecieron la antigua abstinencia del adviento, y el uso de no hacer mas de una comida al anochecer durante la cuaresma. Tenian tanto horror al lujo, que casi todos ellos vestian como los aldeanos. Se aplicaban al trabajo de manos y á varios oficios que habian aprendido, como el de carpintero, cerrajero, zapatero, &c., y no se desdeñaban de manejar la llana y de llevar el yeso de una parte á otra, ya para reparar la

clausura del monasterio, y ya para construir celdas á los hermanos que iban llegando todos los dias.

Se sabe tambien que tenian ocupaciones de otra clase muy diferente. El taller principal era el de los escritores que trabajaban en propagar las nuevas opiniones. En una palabra, Port-Royal fue el parage en que se fraguaron todas las armas ofensivas y defensivas del jansenismo. No se erró en elegir un terreno distante seis leguas de la capital y tres de la corte, con la seguridad que ofrecian los propietarios de aquella posesion, preparados muy de antemano por las sugerencias místicas del abad de San Cirán, y unidos por los vínculos del parentesco con los más principales solitarios. El pueblo y los grandes, los eclesiásticos y los legos acudieron desde París y Versalles para admirar un modo de vivir tan maravilloso. El negarse, como se negaron los solitarios, á recibir las visitas de algunos señores y de varias damas muy distinguidas, fue un nuevo estímulo para su curiosidad, la cual no quedaba enteramente desairada, porque los solitarios hablaban á lo menos por medio de intérprete á las señoras de primér orden, y algunas veces por sí mismos, á fin de separarlas mejor de las vanidades del siglo. En efecto, algunas se resolvieron á participar de las santas dulzuras de aquella soledad. La duquesa de Luines persuadió al duque su marido á que se retirase de la corte, y que edificase la casa de campo de Vaumuriel en las cercanías, y aun en el mismo terreno de la abadía. Hicieron construir tambien un hermoso

dormitorio para las religiosas. El duque y la duquesa de Liancour acudian allí con frecuencia y solian detenerse mucho tiempo, de cuyas resultas se edificó una habitacion completa en el primer patio. La Princesa de Guemané, la marquesa de Sablé y otras señoras de igual distincion, resueltas á pasar la vida en un retiro algo mas cómodo, mandaron que se las construyesen habitaciones en las accesorias del convento de París, unido con el de Port-Royal bajo el gobierno de una misma abadesa. En fin, hasta los Príncipes de la sangre se aficionaron al retiro ó á la doctrina de aquellos solitarios, los cuales tuvieron la habilidad de contar en el número de sus amigos al Príncipe de Conti, á la Princesa, su esposa, y á la duquesa de Longueville, su hermana. Despues de esto seria inútil hacer mencion del marqués de Coislin, del baron del Santo Ángel, de los señores Bañols, Bernieres, Pontis, y de una infinidad de otros protectores considerables por su nacimiento ó por sus bienes de fortuna.

Ya se echa de ver que despues de este refuerzo de patronos opulentos, fue inútil la llana en manos de unos solitarios literatos, á quienes se persuadió que solo debian hacer uso de la pluma en el ócio apreciable de que disfrutaban, y se les proporcionaron medios convenientes para hacer las ediciones que todavía nos admiran. Se pusieron, pues, á trabajar aquella multitud de obras magníficamente impresas, bien pensadas, bien escritas, de un estilo siempre acomodado al asunto, de un orden fáeil y de un

método natural; en una palabra, aquellas obras maestras del buen gusto y del arte, que nada dejan que desear en cuanto á la disposicion de las cosas. ¡Ojalá pudieramos decir lo mismo de la sustancia de ellas! ¡Pero cuántas de estas obras quedarian reducidas á casi nada si se suprimiese todo lo que contienen á favor de los dogmas efimeros, reconocidos al fin generalmente por heréticos en los mismos parages en que habian tenido origen y causado la primera ilusion! ¡Cuántos pasages que no tenian mas que un mérito momentáneo, y que solo interesaban por razon de la fermentacion ó de la malignidad de que estaban poseidos los ánimos! Y en casi todas estas obras tan ingeniosas y acabadas, ¿no se advierte una gran sequedad, una frialdad árida y un vacío para el corazon y para la tierna piedad? Jamás se conoció mejor que al leerlas, que entre todos los dones del cielo es el mas incomunicable la uncion del Espiritu Santo al espíritu de indocilidad y de error.

Parece que los mismos que las publicaron advirtieron una parte de estos inconvenientes; y para remediarlos y aumentar el número de sus partidarios con las producciones de los talentos de toda clase que reunian en su sociedad, se egercitaron en todas las materias que presentan algun aliciente al entendimiento humano. Trataron de gramática y retórica, de teología y de controversia, de lógica y metafísica, de geometría, de moral, de crítica, de traduccion, de literatura antigua y moderna, griega y latina; en una palabra, abrazaron todas las ciencias, y en cada

una de ellas publicaron obras que pusieron en olvido todas las que se habian escrito hasta entonces, y aun no quedaron eclipsadas con las que se trabajaron despues. Ellos fueron los que contribuyeron principalmente á fijar el gusto de la mas bella edad de las letras modernas; de suerte que los adornos y aun la correccion que les añadieron los espíritus municiosos del siglo siguiente, no son mas que una sobrecarga que sofoca á la bella naturaleza, ó un afeite que la destruye de todo punto. Escribia cada solitario segun el género y la medida de su talento. Unos registraban los monumentos antiguos; descifraban las piezas originales; leian los padres y los santos doctores; los autores antiguos y modernos, y entresacaban lo mejor que habia en ellos: otros ponian en órden estas colecciones, y preparaban el plan que debian tener, valiéndose de su esperiencia y del conocimiento que tenian del mundo para presentir los efectos que podria producir la disposicion y el valor intrínseco de las cosas: á las plumas hábiles se las encargaba la redaccion y la diction: despues venian otros que sin estar dotados del talento de la invencion tenian un tacto fino; hacian la primera correccion, la cual era revisada por otros muchos, y se la daba la última mano; y habia otros que se limitaban á la humilde funcion de copiantes, con un espíritu de concordia y de dependencia que no se presumiria de la asociacion más católica; pero esto es muy comun entre los que se deciden obstinadamente por un partido. De este modo llegó en pocos años la sociedad de Port-Royal

á adquirir en la república de las letras una celebridad mayor y mas bien merecida que la de todas las demás sociedades literarias.

¡Y qué servicios no hubieran hecho tantos hombres hábiles y laboriosos, si las circunstancias del tiempo y el interés de las opiniones que habian adoptado no los hubiesen metido en unas disputas que consumieron la parte mayor de su ocio inestimable! Esta reflexion de un magistrado es sin duda alguna muy juiciosa; pero no bastaria en boca de un ministro de la Iglesia. ¡Qué servicios (añadiremos nosotros) no hubieran hecho á esta misma Iglesia, y cuánto no habrian aumentado su propia gloria si se hubiesen entregado á los mismos trabajos para sostener la fe que tomaron para impugnarla, y si hubiesen trabajado tanto para establecer la autoridad del apostolado, como para debilitarla con la sutileza de sus distinciones y de sus sofismas! Porque al fin es necesario insistir en los principios fundamentales de la fe cristiana. O Port-Royal y sus secuaces, con toda la severidad de su moral, su vida penitente, contemplativa y angelical, si se quiere llamar así, habian abrazado la mala doctrina; ó todo el resto de la Iglesia, á quien contradecian con obstinacion, padecia error en materia de fe. Pues ahora bien. „Si un ángel, nos dice San Pablo, nos anuncia otro evangelio, ó nos le esplica de otro modo que la Iglesia, no puede menos de ser un ángel de tinieblas, al cual debemos decir anatéma.” ¡Hasta cuándo nos hemos de olvidar de que no debe juzgarse de la doctrina por las

personas, sino de las personas por la doctrina! Cualquiera que no oye á la Iglesia, de cualquier modo que ésta tenga por conveniente hablarnos, por mas virtuoso que sea ó parezca el que se niega á oirla, debe ser para nosotros como un pagano y un publicano.

22. Los solitarios mas fervorosos é instruidos de Port-Royal eran al mismo tiempo los que mostraban mas ardor en acreditar la doctrina condenada por el Vicario de Jesucristo y por los demás sucesores de los Apóstoles. Pascal, cuyo solo nombre forma un elogio completo en materia de literatura, fue elegido por la sociedad para desempeñar el plan que habia formado, para sustituir la farsa en lugar de la controversia, y hacer que de este modo se declarase á su favor la gente de genio alegre. Lo consiguió completamente con las diez y ocho cartas llamadas *provinciales* (*), porque las diez primeras fueron dirigidas á un habitante de provincia, á saber, á Mr. Perrier, consejero del tribunal de subsidios en Clermont, ciudad de la Auvernia.

23. Si el éxito de las cuatro primeras fue grande, el de las siguientes escedió aun á lo que esperaba de ellas el partido, á escepcion de las últimas que son mas serias, y por otra parte están llenas de injurias, que solo pueden interesar á una malignidad detestable y grosera. Las tres primeras y las dos últimas son unas apologías manifiestas del jansenismo y de los

(*) Estas cartas están recogidas por el santo tribunal.

jansenistas. El principal objeto de la primera es justificar la proposicion de Arnaldo acerca del pecado de San Pedro, y ridiculizar la doctrina de la Sorbona, en especial acerca del poder próximo, que, segun esta escuela y todas las escuelas católicas, nos da la gracia suficiente para hacer el bien y evitar el mal. En la segunda carta impugna á cara descubierta y de un modo directo esta gracia suficiente, y se mofa de la escuela de los tomistas, sin embargo de que poco antes habia procurado autorizarse con ella. Trata su opinion de extravagante, de ininteligible y contradictoria, y aun aconseja que anuncien á son de trompetas que por la espresion de gracia suficiente entienden una gracia que no basta. Supone que son unos hipócritas y corruptores, que para no desacreditarse disfrazan su doctrina en puntos esenciales á la fe, admitiendo una gracia suficiente dada á todos los hombres, aunque están persuadidos á que semejante gracia es una quimera. La carta tercera es contra la censura que se publicó entonces de los principios de Arnaldo. En la diez y siete y diez y ocho insiste en la pretendida cuestion de hecho, y sostiene que ni Jansenio ni los jansenistas enseñaron jamás los errores de las cinco proposiciones, sino solo la doctrina de los tomistas, olvidándose de que habia hablado de ella como de un absurdo y una extravagancia.

Suelen los grandes hombres ser inferiores en algunas cosas á los entendimientos de un orden comun. Pascal, gran geómetra, orador sublime, literato completo, en una palabra, ingenio casi universal y

creador en muchas materias, escribia en otros puntos, por decirlo así, á salga lo que saliere, y sin hacer gran caso de las reglas de la probidad. Sabemos por sus propios cómplices, sabemos por buenos jansenistas (1), que no es muy seguro su testimonio, ya sea con respecto á los hechos que refiere sin haberlos comprobado, y ya en orden á las consecuencias que deduce de ellos y á las intenciones que atribuye á sus contrarios; pues con fundamentos falsos ó muy inciertos establecia (dicen) unos sistemas que solo existian en su imaginacion.

24. ¿Tenian razon estas gentes para esplicarse así? Júzguese por el cargo que le hacen de que finge errores para impugnar á sus contrarios, ó lo que es lo mismo, que no tenia noticia de sus escritos. Júzguese por lo que asegura en la carta diez y ocho, á saber, que hasta entonces no se habia querido decir cuál era el sentido de Jansenio, conderado, segun se pretendia, en las cinco proposiciones: con cuyo motivo, soltando la rienda á su talento para la ironía, da muchas gracias á un jesuita, á quien pinta como un fátuo, por haber declarado últimamente que el sentido de Jansenio era el dogma de Calvino acerca de la necesidad de obrar. Pues este buen padre, á pesar de la estupidez que se le atribuia, hizo ver en la respuesta que dió á dicha carta diez y ocho, que entre muchas obras que habia publicado anteriormente contra Jansenio y sus secuaces, no se encontraba ni una sola en que no hubiese declarado y

(1) *Cart. de un ecles. á un amig. p. 81 y 83.*

probado estensamente que su error capital consistia en este dogma. No estaba Pascal mejor informado de muchos escritos importantes de su propio partido. A lo menos es imposible eximirle en esta parte de la nota de ignorante, por no mancharle con la de hombre de mala fe, pues segun la relacion de Saint-Amour (1), y de los demás jansenistas enviados á Roma, los diputados católicos reducian al dogma de Calvino todo el error de Jansenio y de las cinco proposiciones.

La misma ignorancia ó la misma imprudencia se advierte en Pascal acerca de la bula de Inocencio X, ó de los exámenes que dieron motivo á su espedicion, pues dice del modo mas positivo que este Papa mandó examinar precisamente si las cinco proposiciones eran heréticas, y no si eran de Jansenio. Impostura que queda ya confundida con lo que hemos referido en orden á este exámen, y que Alejandro VII, sucesor de Inocencio X, en cuyo tiempo habia asistido á todas las congregaciones en calidad de examinador, calificó con indignacion de mentira insigne. Nuevo rasgo de mala fe, si es que el nombre de ignorancia no puede conciliarse en ninguna materia con el de Pascal, supuesto que en la carta diez y siete dice positivamente que Inocencio X se dejó persuadir de los jesuitas que la doctrina de Jansenio era la de las cinco proposiciones. Sin embargo, es constante que entre los trece consultores nombrados por este Pontífice no habia mas que un jesuita, el cual estuvo tan moderado con respecto á Jansenio, que mereció aplausos

(1) *Diar. de S. Am. p. 432 y 435.*

á los agentes del partido, y éstos procuraron sacar de él grandes ventajas (1). Consta por una infinidad de pasages del diario de Saint-Amour que los jesuitas no tenían valimiento con Inocencio, que nunca contemporizaba con ellos, y, para servirme de la noble espresion de este diarista, que ningun individuo de la compañía estaba en el calendario de aquel Papa, ó era santo de su devocion. Tambien asegura Pascal, y hace decir á un dominico en la segunda carta, que los jesuitas habian impugnado la doctrina de los tomistas desde el principio de la heregía de Lutero, esto es, mas de veinte años antes que hubiese jesuitas en el mundo, mas de cuarenta años antes de la época en que fijan los dominicos el origen del molinismo, y cerca de sesenta antes de los primeros debates de estas dos escuelas.

¿Pero cómo habia de convenir Pascal con los demás escritores, cuando con toda su exactitud geométrica no pudo convenir consigo mismo acerca de los nuevos dogmas? Sostiene en la carta diez y ocho que los jansenistas han desechado siempre la opinion de Calvino sobre la necesidad de pecar, y en la segunda habia dicho en términos espresos que los jansenistas quieren que no haya ninguna gracia suficiente que no sea tambien eficaz; y que quieren que todas las gracias que no determinan efectivamente la voluntad á obrar, sean insuficientes para obrar. Pero no le enseñaba la geometría que no admitir ninguna gracia suficiente, sino la que obrar en efecto, y sostener la

(1) *Suffrag. Censor.*

necesidad calvinística de pecar, es una misma cosa, ó que son dos cosas tan inseparables, que el teólogo mas atolondrado, ya sea católico ó herege, no las ha separado jamás. Así se vé que todos los teólogos de su partido, cuando quisieron persuadir que no seguian este dogma escandaloso, no dejaron de fingir que admitian una gracia suficiente. ¡Cuántas personas, por hallarse instruidas en materias profanas, políticas ó civiles, han creido saberlo todo, y á egemplo de Pascal han errado lastimosamente en puntos de religion.

¡Mas versado estaba en la moral! Por eso en la carta quinta y en las nueve siguientes, en que disfama la moral de los jesuitas, y bate en brecha á sus casuistas, empieza propiamente á ser divertido. De aquí vino la prodigiosa aceptacion que lograron las cartas *provinciales*, las cuales escitan muchas veces la admiracion de aquellos mismos que conocen sus defectos. Como la mayor parte de los lectores se cuidan poco de profundizar los hechos, con tal que el autor los divierta, le perdonan todo lo demás. De este carácter eran sin duda alguna madama de Plessis-Guenegand y el abad de Rancé, su amigo, quienes contribuyeron, como el que mas, á acreditar aquellas calumnias ingeniosas. Por otra parte, este abad, como es muy comun, se mostraba tanto mas favorable á la moral severa de Pascal, cuanto menos la practicaba entonces. El presidente Perraul, objeto de la mofa del satírico francés, fue tambien uno de los grandes panegiristas de las cartas de que tratamos.